

Escribe: **ANTONIO MORENO MOSQUERA**

Nada más justo que el homenaje que hoy rinde la Nación a Monseñor José Vicente Castro Silva a quien hace treinta años conocí en la plenitud de su vigor físico y en todo el esplendor de su capacidad creadora y de su inteligencia soberana.

Por primera vez le oí en la Catedral Primada de Bogotá en un panegírico en honor de San Antonio de Padua. Su elocuencia a medida que avanzaba en su discurso crecía como una ola gigantesca. Se conjugaba en su palabra, alta y sonora, la luz del Evangelio, el poder de la razón, el conocimiento de la historia y el relámpago del genio. Escuchándolo había que asociar a su nombre los de esos otros dos príncipes de la oratoria sagrada en nuestra patria que fueron Cortés Lee y Carrasquilla.

Ya desde entonces, como sucesor de éste último y continuador de la obra de Fray Cristóbal de Torres, desempeñaba el cargo de rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

En esa alma mater proliferan y se acrecientan en tensión permanente sus extraordinarias facultades. Le entrega al colegio su vida entera sin dejar nada para sí. Es el centinela insomne de su grandeza, el guardián de sus constituciones, el motor de sus actividades, su norte y su guía. No tiene descanso su actividad. Revalúa la tradición y sobre la piedra angular de sus valores absolutos, embellece lo vetusto, ensancha y remoja lo antiguo, acompasa la vida del claustro a las nuevas conquistas del pensamiento, a las urgencias actuales, a las demandas del porvenir. "Nova et Vetera", pudiera decir él como reza el escudo de Calatrava que es el emblema del Colegio.

Es tanta su sabiduría, tan variados sus conocimientos, domina tantos idiomas, los muertos como si fueran vivos y éstos como si fueran su propia lengua vernácula, que era un espectáculo oírle discurrir sobre los más diversos temas y verle desentrañar raíces, remontarse al sánscrito, al griego y al latín, hablar con

los Embajadores de otros países que visitaban al Colegio, en el idioma de cada uno de ellos (alemán, inglés, francés, italiano), con una soltura impresionante y un dominio y elegancia que alelaba a sus interlocutores y que luego estos mismos ponderaban. Era y es un políglota.

Contrastaba por eso su edad cronológica con ese conocimiento universal de la cultura de todos los pueblos a través de todos los tiempos. Su información en cuanto a la contemporánea no tenía fisuras. Sicológicamente, con frescura juvenil, este hombre daba la impresión de venir desde muy lejos, del fondo de los siglos, caminando, sin fatigarse, todos los caminos de la historia.

En realidad los había transitado todos. Llegaba del pueblo judío y había dialogado con sus profetas y sabios. Había peregrinado por el oriente silencioso, introspectivo y enigmático; por la India cogitabunda y triste, replegada sobre su yo en busca de lo abscóndito y en trance de contemplación. Entre el oceánico rumor de los poemas de Homero y la cadencia majestuosa de las Odas de Píndaro, revive en Grecia los órficos misterios; con sus primeros filósofos interroga la naturaleza, con Sócrates al hombre y con Platón y Aristóteles las realidades que no fenecen, y no se apaga en su espíritu el eco de la voz pitagórica, porque también en sus oídos resuena la música de las esferas. Prosigue su marcha y asciende a la colina romana. Es la hora de la tarde, y en ese momento crepuscular no obedece su alma el sensual Lucrecio sino el espiritual Virgilio. Acude después al Agora. Ocupa Cicerón la rostra de las arengas. Oye también el sereno discurrir de los jurisperitos sobre las más altas cuestiones del derecho. Gira la rueda de los tiempos. Asiste a las disputas de la librepensadora Alejandría. Mira el orto del Cristianismo y se lleva en su corazón la celestial semilla que trajo Dios a la tierra y que tan maravillosamente fructificó en su espíritu. Ahora encamina sus pasos a la Patrística. Proclama con San Agustín la significación divina que se recata en el mundo creado, que no es más que un leve efecto del Poder y Providencia que lo rige todo en orden a una final y eterna visión de la divinidad. Adelanta, e iluminado por el mismo pensamiento se solaza en la Escolástica. Santo Tomás de Aquino le entrega la llave de la sabiduría, una sabiduría que se asienta en la realidad y trasciende a lo metafísico, y que por voluntad de Fray Cristóbal de Torres será la que con sus valores absolutos de probada perennidad, habrá de nutrir las mentes de los rosaristas. Todavía avanza más. Penetra en una

larga senda. Es el Medievo monástico y teologal, poblado de contrastes, lleno de luces y de sombras. Pasan los siglos. Fatigado le despierta una aurora nueva. Céfiros jubilosos le acarician la frente. Se encuentra con el Renacimiento. Por sus ventanas retorna a la antigüedad y rememora sus prístinos valores. Su cultura se acrisola y se acrecienta. Acelera su marcha. Pisa el surco que abrió Bacón de Verulam. Descartes le hace mirar, absorto, lo que ya Sócrates había entrevisto: la razón girando sobre sí misma, dueña de sus construcciones y del mundo, único medio de conocer las cosas en sus puras esencias. Pascal le dirá posteriormente que el espíritu geométrico no va más allá del conocimiento del mundo físico, que al hombre en sus propia singularidad se le conoce por "el espíritu de fineza" y a Dios por el corazón. Se adentrará también por la filosofía Kantiana, asimilará su pensamiento, aquilatará sus principios y conocerá y valorará la filosofía racionalista en todas sus manifestaciones y características. Se enfrentará a la reacción subsiguiente. Sopesará el positivismo. Discernirá entre lo falso y lo verdadero de este sistema unilateral. No le asombrará la filosofía actual. Hallará que en parte es repetición, bajo nuevos atuendos, de viejos errores. Una que otra verdad encontrará esparcida en la trabazón de sus teorías.

Este viajero infatigable se ha puesto en contacto con todas las civilizaciones y culturas, y no hay expresión del pensamiento que le haya sido extraña. Por eso sorprende la extensión y hondura de sus conocimientos y su versación en las más sutiles materias como son la logística o lógica simbólica, la física relativista y química nuclear.

Sus lecciones de historia de la filosofía, de metafísica, de filosofía del derecho, son un alarde de sabiduría. El pensamiento propio y la observación original destellan en el as como si fueran diamantes. Sus ideas sobre estas materias bien pudieran parangonarse con las de los reconocidos y ya consagrados maestros de tales disciplinas.

En el púlpito, llegaba un momento en que su pensamiento volaba a alturas verdaderamente angélicas. Me refiero a sus homilías, a esas pláticas que él improvisaba como explicación del Evangelio Dominical en la capilla del Colegio, en la inolvidable iglesia de La Bordadita. Esto era bien distinto a sus oraciones gratulatorias. Allá la sencillez, el arrobó, lo que quizá sin pensarlo surge de improviso como un destello que súbitamente todo



lo embellece y lo ilumina. Los temas más difíciles y profundos desfilaban a través de sus palabras con la naturalidad con que cae de la altura la cascada, clara y resonante, y orlada de encajes que en mil arabescos teje el viento al pasar sobre sus ondas, y tachona el sol con sus besos de luz.

Acá en esas oraciones, la majestad empenachada, la cláusula afiligranada y amplia, la gran orquestación comparable a esas sinfonías que él solía citar, para explicar aquello que en el orden trascendental llamó Platón la armonía de las esferas, como el Canto de la Campana en que según sus propias palabras Vincent d'Indy vertió lo mejor de su alma limpia y sutil como el agua secreta que retrata los cielos sobre el fondo atormentado y pedregoso de un abismo: "allí las voces, allí los coros, aquí violines y flautas, arpas y cobres; un mismo instante sumaba bélica estridencia de trompetas, murmullo quejumbroso de cuerdas, altas notas que pugnaban por escalar cimas de placer o dolor, sonidos de grave y medrosa pujanza... estupenda y paradójica mezcla, nunca repetida, jamás confusa, lucha y contraste permanente de elementos musicales opuestos, rutas al parecer inconexas y desacordadas donde cada ritmo se desarrollaba autónomo y ajeno a los demás. Mas en la entraña de tanta variedad alentaba el alma del compositor, y a la turba de voces y sonidos daban ley las manos temblorosas y los ojos tristes del viejo maestro que lograban el prodigio de hacernos sentir la unidad ideológica y artística del poema que comienza en la brega de los fundidores, clama alegrías y llora adversidades con lengua de bronce resonante, devana el hilo tenue del amor humano, y vencidos el mal que lo envilece y la muerte que lo quiebra, acaba trasladándolo al seguro de las realidades inmortales".

Así sus discursos, sus escritos, sus oraciones. La variedad en la unidad como esos grandes poemas sinfónicos.

Sería largo e inoportuno en esta ocasión intentar el estudio crítico de toda su obra filosófica, histórica, y literaria, pero no se pueden omitir la cita de dos de sus grandes ensayos como modestamente fueron llamados por él: El Prólogo del Quijote que bien pudiera llamarse también la locura de don Quijote, como interpretación psicológica del mal que turbó la mente del hidalgo manchego; una veces, en sus momentos lúcidos, iluminado por el sol de la razón positiva; otros, apagada esa lumbre, por los rayos de luna de la razón poética, en conflicto con aquella, creyendo realidad lo que solo era ilusión. Lo que expresa Mon-

señor Castro Silva en ese discurso leído por él al posesionarse de su plaza en la Academia Colombiana de la Lengua el 16 de noviembre de 1934, es imposible sintetizar en pocas líneas y se necesitaría un libro para analizar y ponderar sus excelencias. Quienes asistieron a la sesión solemne de la Academia efectuada en el aula máxima del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y oyeron en esa ocasión a Monseñor Castro Silva se quedaban suspensos de sus labios y cuando se creía que había llegado al máximo de su elocuencia, sobrepujaba ese plano y continuaba creciendo en sublime espiral. En nota escrita en "El Tiempo" al día siguiente se le comparó a un cohete de poderosa fuerza ascendiendo por la esfera cerúlea y reventando a alturas siderales en luces multicolores que en vez de apagarse se quedaron por siempre encendidas en el firmamento de las letras castellanas.

El otro ensayo es La Tristeza de Bolívar, de Bolívar político activo y Bolívar guerrero. En él se profundiza con ejemplar perspicacia psicológica sobre la personalidad del héroe dejando de él, a través de su tristeza, una semblanza imperecedera.

El Prólogo de don Quijote, que posteriormente complementó con su Epílogo, y la Tristeza del Libertador, han sido considerados como sus obras maestras. Sin embargo, leyendo sus otras producciones, no se sabe cuál de ellas aventaja a las demás, pues todas emulan en perfección. Así ocurre por ejemplo, con la meditación sobre el Gran Mariscal de Ayacucho, con la Tradición de los Descubridores, con la Oración Fúnebre en elogio a la memoria del arzobispo Mosquera, con el discurso sobre José Celestino Mutis, con el conmemorativo del centenario de Rafael Pombo, con el de clausura de estudios, Educación y Deporte, con Educación y Regionalismo, con su escrito sobre Erasmo de Rotterdam, con los Dos Humanismos, con su Prelusión Renacentista y aun con sus cuentos que firmaba bajo el seudónimo de Luis Soracta.

A las virtudes de su inteligencia suma Monseñor Castro Silva las de su corazón. Auustero en sus costumbres; sencillo y modesto en el trato con sus semejantes, desprendido de los bienes terrenales, opulento en su generosidad para con los necesitados, todos estos rasgos pregonan la nobleza de su espíritu y de su estirpe.

Su amor a la juventud fue la total entrega a su servicio, la ofrenda a ella de todo su saber, y aun de sus propios bienes. Con

mano paternal, ayudaba pródigamente a sus discípulos. Muchos le debemos favores invaluable. Pero lo que daba su mano derecha, no lo sabía su izquierda. Al dar demostraba al favorecido una gran consideración. Su dádiva era como un estímulo como un premio a méritos quizá inexistentes. Nada más difícil que la metodología de la caridad, y él sabía hacerla sin herir, porque con la dádiva entregaba su propio corazón.

Por cualquier aspecto que se considere a Monseñor Castro Silva, por cualquier faceta que se analice su obra de Rector Magnífico, de orador insigne, de escritor magistral, de sacerdote, de ciudadano, de miembro de familia, de amigo, de hombre íntegro en una palabra, llégase a la conclusión de que hace ya días ganó su pasaporte a la inmortalidad: la inmortalidad de la gloria humana y la inmortalidad de la gloria de Dios.

ANTONIO MORENO MOSQUERA

MONSEÑOR CASTRO SILVA, EL LIBERTADOR Y CERVANTES